



EDUARDO
GALEANO

ÚSELO
Y
TÍRELO

EL MUNDO DEL FIN DEL MILENIO
VISTO DESDE UNA
ECOLOGIA LATINOAMERICANA

BIBLIOTECA DE ECOLOGIA PLANETA

1Pq8519.
G143.U8.
1996

Galeano descontaminado

Alma Bolón

Universidad de la República

Resumen

La sensibilidad ante asuntos ecológicos estuvo presente en Galeano desde temprano, aun cuando estos distaban de integrar explícitamente los discursos de los grupos de izquierda. Sin embargo, pronto, esa atención a temas ambientalistas queda capturada por la construcción mitológica que va erigiendo Galeano: una mitografía que va superponiéndose a una cartografía, según una sistemática correspondencia de nortes y de sures con vicios y virtudes.

Palabras clave: ambientalismo, automóviles, latinoamericanismo, traición.

Abstract

Galeano's writings displayed a sensitive awareness of ecological issues from the beginning, even when these were not being explicitly included in left-wing discourses. However, early on, attention paid to environmental subjects falls captive to the mythological construction Galeano begins raising: a mythography gradually overlaying a cartography, following a systematic correspondence of norths and souths with their vices and virtues.

Keywords: environmentalism, cars, Latin-Americanism, treachery.

Invitation au voyage

En 1995, Eduardo Galeano rememora:

Desde los trece o catorce años yo empecé a trabajar y a militar por una doble necesidad. Por un lado, el desafío a una realidad en la cual yo no lograba reconocerme y que quería cambiar. Era una realidad que yo



quería cambiar no tanto desde el punto de vista de la miseria, porque el Uruguay en esos años no tenía miseria... pero era una realidad incapaz de aventura, incapaz de intensidad, de una mediocridad repulsiva, ganada por el conformismo. Y por otro lado, era una necesidad íntima de sustitución de dios.⁸⁴

Dejando de lado la exactitud de la afirmación sobre la poca o mucha miseria material de los años cincuenta uruguayos, este recuerdo trae un Galeano conducido por los firmes piolines que, afortunadamente, nos dejó la literatura del siglo XIX: la repulsión del conformismo y de la mediocridad, el deseo de aventura y de desmesura. Julien Sorel, Lucien de Rubempré y Emma Bovary dejaron constancia de ese vivir afanoso de intensidad. «Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau» es el alejandrino que cierra *Les fleurs du mal*; «La vraie vie est absente» es la cortante constatación de *Une saison en enfer*.

El autorretrato de Galeano es cautivante y sobre todo verosímil: no cuesta creer que un muchacho montevideano de los años 50 haya buscado, como Julien, como Emma y como unos cuantos militantes políticos del siglo XX, cierta forma de grandeza vedada al cálculo adaptativo practicado por la mayoría de sus contemporáneos. Por entonces, el apagamiento divino no era razón suficiente para renunciar a la trascendencia incontable, por lo que se trataba de sustituir y de sublimar.

El asunto estaba claro desde mediados del siglo XIX: Dios no necesita existir para ser. Dicho en baudelairiano: «Quand même Dieu n'existerait pas, la religion serait encore sainte et divine. Dieu est le seul être qui, pour régner, n'ait même pas besoin d'exister».⁸⁵

Si el autorretrato retrospectivo es perfectamente arrobador y creíble, en cambio, nos resulta hoy imposible saber cuánta autoconsciencia de este indeleble y peleador Romanticismo europeo cabía en el Galeano de los años cincuenta, o en el Galeano que a mediados de los noventa rememora sus inicios. Si la estimación es ardua para cualquier individuo, mucho más lo es para Eduardo Galeano, quien desde temprano construye un espacio mitológico, al que rápidamente se muda, volviéndose su vicario más autorizado.

Como es notorio, este espacio mitológico coincide con un mapa que no incluye lo europeo, si no es como proveedor de verduguería

⁸⁴. Se trata de palabras recogidas por Diana Palaversich en su libro *Silencio, voz y escritura en Eduardo Galeano* (Madrid, Editorial Iberoamericana, 1995) y que Fabián Kovacic cita en *Galeano. La biografía*, Buenos Aires, Vergara, 2015, p. 18.

⁸⁵. “Aunque Dios no existiera, la religión seguiría siendo santa y divina. Dios es el único ser que para reinar, ni siquiera tiene necesidad de existir”. Se trata del inicio de *Fusées*, texto de Charles Baudelaire póstumamente editado.

incansable. Este espacio mitológico, Galeano lo hace coincidir con la entidad geopolítica “América” o “América Latina” a la que precisamente imputa los atributos morales de los que están privadas las entidades “Europa”, “Norte”, etc.

Así, en Galeano, el mapa atlántico se moraliza según una distribución de culpas e inocencias, de insolencias y purezas que no solo contribuyen con la vulgarización del “bon sauvage” rousseauiano sino que, sobre todo, pasan por alto la atinada enseñanza artiguista que supo distinguir entre los “malos europeos y peores americanos”.

En este cuadro agudo de mitología encuentra lugar el pensamiento ambientalista de Galeano, portador de la misma y vergonzante contradicción, pero también de la misma entereza para seguir hablando hasta el final, no obstante la pesadumbre que debemos imaginar le produjo el rumbo de ciertos acontecimientos.

Le vieux Paris n'est plus

Suele decirse que la preocupación ambiental todavía no se hacía presente en los años sesenta del pasado siglo, cuando el llamado “68” o “mayo del 68”. Al no estar muy claro qué debería entenderse por “preocupación ambiental”, el juicio es un poco brumoso. De hecho, uno podría preguntarse si “Guerre aux démolisseurs”, texto de Victor Hugo escrito en 1825 bajo la Restauración y prolongado en 1832 bajo la Monarquía de Julio, acaso no es un texto “ambientalista”, ya que denuncia la especulación inmobiliaria que destruye el patrimonio espiritual e histórico de Francia (iglesias, abadías, claustros, monumentos, etc.). Victor Hugo denuncia ahí a quienes destruyen la ciudad y sus modos de vida para así enriquecerse, practicando un vandalismo aplaudido por burgueses y pequeño-burgueses.⁸⁶

Treinta años después, testigo de otras demoliciones, en “Le cygne”, poema justamente dedicado a Victor Hugo, Charles Baudelaire escribe:

Le vieux Paris n'est plus (la forme d'une ville / Change plus vite,
hélas ! que le cœur d'un mortel) ; [...] Paris change ! mais rien dans
ma mélancolie / N'a bougé ! palais neufs, échafaudages, blocs, / Vieux
faubourgs, tout pour moi devient allégorie, / Et mes chers souvenirs sont
plus lourds que des rocs.⁸⁷

^{86.} “Guerre aux démolisseurs”, publicado por primera vez en enero de 1832, en *La France littéraire*, bajo el título “Des monuments français”.

^{87.} «Le cygne» en «Tableaux parisiens» de *Les fleurs du mal*. “El viejo París no está más (la forma de una ciudad / Cambia más rápido, ¡ay! que el corazón de un mortal); [...] ¡París cambia! ¡pero nada en mi melancolía / Se ha movido! palacios nuevos, andamiajes, bloques,

Si el ambientalismo es una postura que resiste a la supremacía de una lógica contable, desmemoriada y unívoca que pretende imponerse por encima de un sentido alegórico, histórico y subjetivo, entonces Victor Hugo y Baudelaire pensaron en términos ambientalistas. A su manera, en 1978, Eduardo Galeano también lo hizo, al recordar los cafés montevideanos:

He guardado esos lugares invictos en la memoria, con sus mesitas de madera o mármol, su bullicio de mucha conversación, sombras doradas, aire azulado de humo, aromas de tabaco y café recién hecho: heroicamente resistieron la invasión del acrílico y la fórmica y al final fueron vencidos.⁸⁸

Menos que un nuevo episodio de la querrela entre antiguos y modernos, Galeano refiere aquí una épica por la que un estilo político –bullicio y conversación, tabaco y café, madera y mármol– resulta vencido por el acrílico y la fórmica: por dos materias industriales, poco más que fórmulas químicas, superficies sin historia, reacias a la escritura.

Tal vez sean ejemplos semejantes los que llevan a que su biógrafo Fabián Kovacic afirme que Eduardo Galeano “no solo se define como defensor de quienes menos tienen sino como un enamorado de la naturaleza” por lo que “con esa clave puede leerse toda su obra desde los años setenta en adelante” (2015 344).

No obstante, siendo así, son llamativas las antiparras que Eduardo Galeano eligió calzar, cuando hubo de considerar no ya el “ambientalismo” baudelaireano o hugoliano, sino los movimientos que en Europa y en Estados Unidos en los años sesenta, herederos de los también desmelenados románticos decimonónicos, resistían una lógica capitalista aceleradamente productivista, contraponiéndole un estilo de vida y una subjetividad que poco favorecían la buena marcha de los negocios, pues estos movimientos adoraban varios de los cucos de la rentabilidad: poesía, filosofía, música, ocio, conversaciones, ebriedad, estados alterados, cuestionamiento de la propiedad privada, de la familia, de la empresa, etcétera.

A pesar de su carácter marcadamente “ambientalista”, en tanto que crítica denunciatoria y práctica contrapuesta a las condiciones de vida que el capitalismo seguía instalando, Galeano solo tuvo palabras de poco aprecio para estos movimientos protestarios, excepción hecha del de los negros estadounidenses. Véase:

/ Viejos arrabales, todo para mí se vuelve alegoría, / Y mis queridos recuerdos son más pesados que rocas”.

⁸⁸. *Días y noches de amor y de guerra* [1978], citado por Fabián Kovacic, p. 18.

LBJ [Lyndon Baines Johnson] es más débil que el sistema. Para el sistema, hasta la oposición puede resultar un buen negocio. El capitalismo norteamericano es capaz de extraer plusvalía hasta de los vómitos [...] Los hippies, nuevos *beatniks*, dicen no al sistema. Aunque esto no impide a muchos de ellos recibir un cheque semanal de sus padres, los hippies niegan todos los valores establecidos por las generaciones anteriores, el modo de vida y los mitos que alimentan y seducen al norteamericano medio, el abominable square. Visten botas de antilope y exóticas chaquetas bohemias [...] cantan y tocan la guitarra eléctrica en vez de dedicarse a fabricar dinero o estudiar para aprender cómo ganarlo de la manera más eficiente y aplastando la mayor cantidad de competidores en el menor tiempo posible. Bravo por ellos: pero Vanguard, RCA y Columbia venden los discos de sus héroes con ganancias millonarias y en las tiendas más caras de las zonas más caras son las ropas al estilo de los hippies las que más caras cuestan [...] El sistema no tiene nada que temer; al menos, no por este lado, por ahora. La rebelión negra es otra cosa. [...] Sin embargo nada puede ser hecho en contra, sin que alguien gane algo por eso: los políticos, los periodistas, los comerciantes, los industriales (Galeano 1988 133-134).⁸⁹

La incriminación es completa: poco importa que Galeano reconozca que los hippies “dicen no al sistema”, poco importa que no se dediquen a “fabricar dinero o estudiar para aprender cómo ganarlo de la manera más eficiente”. A pesar de su capacidad de decir “no al sistema”, a ojos de Galeano, el movimiento de resistencia hippie ostenta estigmas que lo descalifican, siendo el principal de estos una forma de complicidad, involuntaria o deliberada, con la industria del disco y de la moda. Ante esta condena, cabe preguntarse qué opinaría sobre aquel Galeano de 1967 el Galeano de 1994, quien publica su hito más ecológico y anticonsumo –Úselo y tírelo. El mundo del fin del milenio visto desde una ecología latinoamericana, volumen de la colección “Biblioteca de Ecología”– en la editorial Planeta del Grupo Editorial Planeta, empresa seguramente más atenta al probable *best seller* latinoamericanista que al mensaje antitrust transmitido en él. Ni qué decir sobre la condena vestimentaria pronunciada por Galeano, que descalifica al boleo, sin que quede claro cuáles serían los cueros que los botines deberían llevar para que las ideas del dueño de los pies alcancen alguna legitimidad.

(Desde la *Retórica* aristotélica sabemos que el *ethos* del orador es fundamental para los efectos persuasivos de su discurso. Sin embargo, este *ethos*, muestra Aristóteles, no es una psicología, sino que es una puesta en escena, un llamado de atención sobre ciertos rasgos. En Uruguay, mucho más que en otros lados, es fundamental la atención prestada al personaje



⁸⁹. “USA: el murciélago y el sistema” [1967], en *Entrevistas y artículos (1962-1987)*.

que el orador dice ser y esa atención va en desmedro de la prestada a las ideas expresamente defendidas o atacadas. Previsiblemente, la mucha atención dirigida al *ethos* del personaje vuelve más manipulable a una opinión pública receptora de signos ya prontos para su consumo. En su análisis del supuesto lujo de la indumentaria hippie, Galeano encuentra una razón de índole moral –inhabilitante para ocupar cualquier pretensión a la verdad– en una variedad de cuero o de chaquetas, “exóticas” y “bohemias”, esto es, en un estilo vestimentario fuera de los parámetros de la conformada mediocridad.)

En coche al muere

La voluntad de no encontrar legitimidad alguna en el pensamiento, en las creaciones artísticas y en otras prácticas de resistencia que en los años 60 florecen en lo que Galeano llama “el Norte”, llevan a este escritor a registrar mal un asunto que, a la larga, será central en su reflexión y en su prédica, me refiero al par auto/bicicleta-caminata. En una crónica de 1967, Galeano asocia claramente el automóvil y la muerte:

Vamos camino de Berkeley. “Esa es la mejor escultura pop de toda la historia del arte”, dice Saúl, volviendo la cabeza a la derecha. Allí se extiende una montaña de chatarra de todos los colores, refulgentes. Es un cementerio de automóviles, imponente y sombrío a pesar de los destellos rojizos y azulados que le arranca el atardecer, interminable testimonio de una masacre de la civilización, miles y miles de coches muertos, cadáveres de cristal y acero, aplastándose los unos contra los otros, los unos encima de los otros. Esta epopeya de la muerte narra una derrota sin grandeza, la estúpida tragedia de las máquinas; son de metal estos brazos y piernas mezclados con otros brazos y piernas y cuerpos que no les pertenecen, deshechos, retorcidos. No sé de dónde me viene el escalofrío que me recorre el cuerpo. Mezcla de horror y de fascinación: lo mismo he sentido, ya, en las grandes tiendas, a la hora de elegir una camisa entre kilómetros de camisas extendidas en varias direcciones; la misma clase de estremecimiento conocí la primera vez que fui arrojado por el subterráneo al centro de la muchedumbre de Nueva York, en Time Square (Galeano 1988 137).⁹⁰

Sacando excelente partido de la expresión ya por entonces corriente “cementerio de automóviles”, Galeano identifica el potencial de muerte que es la máquina: no solo se trata del morir de la máquina, de su conversión

⁹⁰. “USA: California en cuatro imágenes. El cementerio de autos” (1967) en *Entrevistas y artículos (1962-1987)*.

en chatarra, sino también y sobre todo del morir que esta impone a los cuerpos de los seres humanos, desguazándolos también.

(Subsidiariamente Galeano engancha con el hiperconsumo plasmado en los “kilómetros de camisas extendidas”, pero sucede como si no pudiera ver la relación entre la uniforme variación regimentada de las camisas y la búsqueda singularizante del dandysmo de los hippies, antes condenada por él.)

La atención puesta por Galeano en la fuerza letal del rodante progreso no se distraerá. Por ejemplo, en 1978, casi diez años más tarde, escribirá “El automóvil devora espacio y tiempo”, crónica que retoma datos de suelo ciudadano –de kilómetros cuadrados ocupados por autos estacionados o en movimiento– y de tiempo vital –de horas pasadas en embotellamientos o en trabajos destinados a pagar el coche–. La alternativa de la caminata y de la bicicleta, con el ejemplo de Ámsterdam, es defendida por el autor, precisamente por su fuerza antisistémica: “Los planificadores y los tecnócratas sienten un notorio desprecio por las caminatas. Andar a pie es un comportamiento extraño y anticuado, que habría que eliminar porque resulta antieconómico” (Galeano 1988 294-295).⁹¹

De igual modo, el tema volverá en 1994, cuando componga textos especialmente destinados a su libro “ambientalista” por excelencia, me refiero al antes mencionado *Úselo y tírelo*. El mundo del fin del milenio visto desde una ecología latinoamericana. En capítulos como “Una dictadura sin oposición: la autocracia”, texto inédito hasta entonces, Galeano vuelve a la carga, denunciando en son de burla la alienación (“¿Quién es el amo?”), la contaminación (“Respirar es una aventura peligrosa”), la superstición (“La venta de espejitos”), el ansia de intoxicación (“Evite el aire libre”), la pérdida de la condición de transeúntes (“También caminar es una peligrosa aventura”), el auto como plaga (“Un territorio libre de autos”), etc. En todos los casos, para Galeano se trata de abandonar una lógica capitalista que clavó al auto en el cuerpo de la vida, sometiéndolo a su mecánica helada.

De manera también llamativa, para el escritor este tema tampoco es una oportunidad de constatar cierta comunidad de miras que, algunos (como él) del “Sur” podrían compartir con algunos del “Norte”. Dicho de otro modo, Galeano parece ser indiferente al cuño norteño del asunto, parece pasar por alto que mientras en el “Sur” pocos imaginaban el coche como una máquina de muerte, en el “Norte” hacía tiempo que se desarrollaba una obra en torno a su fascinante fuerza de aniquilación.

Justamente, a fines de 1967, en el mismo año en que Galeano publica “El cementerio de autos”, Jean-Luc Godard filma *Week-End*. Como se ha

⁹¹. “Los esclavos de la abundancia. El automóvil devora espacio y tiempo” (1978) en *Entrevistas y artículos* (1962-1987).

señalado, la película retoma la idea del embotellamiento mayúsculo imaginado por Julio Cortázar en *La autopista del sur* (1966). En Godard, este detenimiento del tránsito y el consiguiente reanudar de la vida –los nóveles exautomovilistas traban amistad, se enamoran, se organizan para sobrevivir, juegan, enferman, mueren, se atacan y se protegen mientras el año va transcurriendo– dan lugar a uno de los *travellings* más extenso y duradero de la historia del cine, puesto que la cámara recorre un embotellado y largo trayecto durante aproximadamente ocho minutos.⁹²

En el universo filmado por Godard, el auto es central: desde las marchas y contramarchas de Agnès, quien zigzaguea a pie entre los autos parisinos, no del todo decidida a engañar a su esposo (*La coquette*, 1955), hasta los cuerpos retorcidos de Brigitte Bardot y de Jack Palance, estrellados en su descapotable rojo contra un camión transportando, tal vez, combustible, en el final de *Le mépris* (1963), pasando por el beso intercambiado por Anna Karina y Jean-Paul Belmondo, de auto a auto en un cruce de caminos, en *Pierrot le fou* (1965), o pasando precisamente por *Week-End*, obra presentada en los créditos iniciales como “Un film égaré dans les cosmos” y “Un film trouvé dans la ferraille”: una película extraviada en el cosmos y encontrada en la chatarra.

No obstante, la inquieta meditación en torno al automóvil que realizan las artes en los años sesenta no parece haber llevado a Eduardo Galeano a interrogar la geografía de su mitología que, aunque pueda citar y apoyarse en autores de “el Norte”, nunca evita que las fronteras, trazadas de manera que coincidan vicios y virtudes con nortes y sures, permanezcan impermeables, como si fueran de fórmica y de acrílico.

Ser o ser (americano)

En cierta manera, a veces, parece que fuera consustancial al “americanismo” cierta cercanía con lo americano estadounidense. Como si el “americanismo” presentara una suerte de incompatibilidad absoluta con lo “europeo”, asimilado a lo imperial de libresca pretensión y consumada obsolescencia, mientras mostrara alguna forma de congeniabilidad parcial con lo estadounidense, cuyo furor de futuro y de modernidad tecnológica y aletrada parece más acorde con el destino americano que su mitología reclama. Como si, en última instancia, la mitología se llevara mejor con la tecnología que con la escritura y la historia, portadoras de equivocidades y contradicciones asumidas.

⁹² Me refiero a este punto en “Ducasse, Cortázar, Godard: tan fortuito como su encuentro en un mundo en tormenta”, en prensa.

(Arturo Ardao señala que la expresión “nuestra América” en épocas de la independencia y aún después, aunque aplicada solo a Hispanoamérica, tenía el sentido de antítesis con Europa, no con América del Norte, como lo tendría a partir de José Martí [1967 43]. No obstante, sucede como si el sentido martiano se hubiera esfumado, y lo americano solo tuviera lo europeo como único opositor, mientras necesitara sostenerse en lo estadounidense como forma de alcanzar su propia completud.)

En el caso de Eduardo Galeano, notoriamente (tal como sucede con otros autores, como por ejemplo Onetti), se le atribuye a su escritura un linaje estadounidense. Así lo plantea por ejemplo su biógrafo Fabián Kovacic, apoyándose en palabras de Ángel Rama, formuladas en 1973, y estampadas en 1989 en la contratapa de *Nosotros decimos no. Crónicas (1963-1988)*.⁹³

Retomando el juicio de Rama, Kovacic también anota que Galeano se formó “en la lectura de la narrativa norteamericana contemporánea”, encarnada en autores tales como “Ernest Hemingway, Carson Mc Cullers, J. D. Salinger, John Updike”. Se agregan a esta lista los latinoamericanos García Márquez, Vargas Llosa, Neruda, Carpentier y Arguedas, y puede suceder que el elenco estadounidense se dilate o se contraiga, pero es inamovible y el propio Kovacic, con cierto automatismo, repite la genealogía estadounidense de Galeano.⁹⁴ Se pone entonces de manifiesto qué poco caso hace de otros nombres y de otros juicios que él mismo recoge y cita, como por ejemplo el de Mario Benedetti que identifica en unos relatos de Galeano una tradición que pasa por Richard Hugues (*High wind in Jamaica*) pero también por Raymond Queneau (*Zazie dans le métro*) y Bruno Gay-Lussac (*La robe*) (Kovacic 175).⁹⁵ O el juicio del propio Galeano quien dice reconocer en Alejo Carpentier “al padre literario de su generación” y en Onetti a su “maestro en la narración” (Kovacic 289), o los numerosos nombres que van salpicando la escritura del lector que fue Galeano: Malraux,



⁹³. Agradezco a Alfredo Alzugarat quien colaboró con la reconstitución de estos datos editoriales; el texto de la contratapa firmado por Rama dice: “Entre todos, el que mejor interpretó la circunstancia de la crisis y lo que ella abría, fue el camino recorrido por Galeano. Un escritor refinado, de delicada sensibilidad, por momentos un esteta, formado en la lectura de la narrativa norteamericana contemporánea (Hemingway, Mc Cullers, Salinger, Updike), acucioso periodista como alguno de los narradores grandes de la América Latina actual (García Márquez), sagaz analista de asuntos políticos y documentado estudioso de la vida americana, Galeano habría de asomarse a una totalidad social que superaba la compartimentación característica de las clases medias educadas y avizoraría otro universo” Ángel Rama (1973).

⁹⁴. Por ejemplo, véanse páginas. 74, 92, 94, 140, 175.

⁹⁵. Mario Benedetti en prólogo al libro de Eduardo Galeano *Los fantasmas del día del león y otros relatos*, Montevideo, Arca, 1967, citado por Fabián Kovacic.

Beckett, Brecht, Kafka, Boccaccio, Ionesco, Kundera, José Hernández, Cortázar, Hoffmeister, Nizan, Nerval, Sartre, Freud, Marx, Gramsci, Beauvoir, Berlanga, Platón, Lampedusa, Rousseau, etc.

Más precisamente, Eduardo Galeano escribe en 1984:

Los escritores de mi generación fuimos para siempre marcados por nuestras lecturas de Antonio Machado, Pedro Salinas, León Felipe, Miguel Hernández, Lorca, Alberti y otros fecundos poetas en España prohibidos o mutilados por la censura. Nosotros tuvimos el privilegio de heredar la palabra de aquellos creadores exiliados o asesinados, mucho antes de que en España sus voces pudieran resonar plenamente (Galeano 1988 388).⁹⁶

Honra de circunstancia, voluntad de homenajear la España que lo recibió: lo cierto es que los reconocimientos de filiación, en Galeano, abundan, si se acepta desautomatizar el juicio que ve en cada escritor nacido en América un émulo del elenco estadounidense, de inconvertible reinado. Pero esta atribución, que parece darle al “ser americano” su empaque decisivo, se encuentra tan anclada discursivamente que permite desconocer cualquier objeción.

Llamativamente, en Galeano, esta filiación que automáticamente se le atribuye va junto, como dije, con el juicio que, en él, automáticamente condena al “Norte”, inclusive y sobre todo cuando este hace lo que sería bueno que el “Sur” hiciera. Véase si no: “Impunemente, la Volkswagen y la Ford producen y venden, en América Latina, automóviles que carecen de los filtros obligatorios en Alemania y en los Estados Unidos” (Galeano 1996 149). En aras de mantener el reparto de vicios y virtudes entre nortes y sures, Galeano se calza las antiparras y atribuye el delito a quienes producen y venden, pasando por alto a quienes no solo compran, sino que permiten que se vendan ese tipo de autos contaminantes, es decir, a los gobiernos y los ciudadanos latinoamericanos. ¿O acaso creará Galeano que es un impulso filantrópico lo que lleva a la industria automóvil a colocar filtros en Europa y Estados Unidos? ¿Ha de tratarse acaso de condenar a quienes, como sociedad, imponen mayores controles y tienen mayores exigencias hacia sus gobiernos?

Y véase también:

El presidente del Uruguay hincha el pecho de orgullo: los finlandeses están produciendo madera en nuestro país. Vender árboles a Finlandia, país maderero, es una proeza, como vender hielo a los esquimales. Pero ocurre que los finlandeses plantan en el Uruguay los bosques artificiales

⁹⁶. “El descubrimiento de América que todavía no fue” (1984) en *Entrevistas y artículos (1962-1987)*.

que en Finlandia están prohibidos por las leyes de protección de la naturaleza (Galeano 1996 15-16).

La formulación sigue siendo parcialmente acusatoria: ante un presidente latinoamericano que fanfarronea sin fundamento, los finlandeses vienen aquí a hacer lo que no pueden hacer allá. Como si fuera cuestión de ingenuos fanfarrones versus aviesos aprovechadores.

Sin embargo, llegado este punto, el mito que sostiene el andamiaje galeánico expone su fractura, y la “ecología latinoamericana” trastabilla porque, mal que pese, quienes permiten que haya expoliación, destrucción y contaminación son tan “latinoamericanos” como quienes se oponen a ella.

Galeano descontaminado, desautomatizado y gallardo

En el último tramo de su vida, Eduardo Galeano, desembarazado de parte del aparataje mito-latinoamericanista, parece opinar con mayor libertad, recobrando algo de sus primeros años en *Marcha*, cuando por ejemplo podía escribir: “La revolución no coincide necesariamente con el calendario electoral, así como carnaval no señala necesariamente la semana más feliz de la vida de nadie”. Y también:

Este país gira alrededor de las elecciones como los planetas en torno al sol. Cada cuatro años sacude la modorra, grita y escucha gritos, se aturde y deposita el voto que el alma pronuncia, para luego alzarse en la celebración de la victoria y crujir y desmoronarse, víctima de la derrota, por mitades. En 1962 ni siquiera hubo motivo de asombro. Estaba todo previsto (Kovacic 2015 123).⁹⁷

Por cierto, este desenfado se armoniza con el del muchacho que, como se vio en el inicio de estas páginas, fustigaba la mediocridad y el conformismo de los años 50 uruguayos. La burla de la rutina electoral y de sus gesticulaciones coloca al autor lejos del cálculo votero, posado en un suelo de ideas y emociones pautadas por un ritmo y una intensidad sin rutinas.

Prontamente, el nacimiento del Frente Amplio antes de la dictadura, luego de esta la convicción en la posibilidad de ganar las elecciones y, finalmente, el afán de mantener el gobierno alcanzado, volvieron casi imposible sostener públicamente opiniones semejantes, opiniones que pusieran en duda el rito de la urna. (Porque, como se recordará, las impugnaciones a



⁹⁷. *Marcha*, 30/XI/1962, citado por Kovacic.

la vía electoral que realizaba la izquierda extraparlamentaria se apoyaban mayoritariamente en razones de eficiencia metodológica, antes que en el vaciamiento existencial que denuncia Galeano.)

Sin embargo, la proximidad del éxito electoral del Frente Amplio permite a Eduardo Galeano retomar algo de su antigua desenvoltura, advirtiéndolo en particular sobre la amenaza ecológica que es, antes que nada, una amenaza de avance capitalista sobre la soberanía.

Así, por ejemplo, el 14 de agosto de 2004, en entrevista hecha por Mauricio Rosencoff, Eduardo Galeano rememora una escena a la que había asistido en Guatemala, en 1967, cuando visitando un mercado de la capital había visto cómo un joven norteamericano muy simpático había ofrecido comprar la totalidad de su puesto a una señora que vendía sus artesanías y objetos típicos mientras charlaba con sus conocidas del mercado. La vendedora, a pesar del precio muy razonable que ofrecía el joven estadounidense, se había indignado muchísimo y había estado negándose a vender hasta que el interesado se había alejado. Cuenta Galeano en esa entrevista que ahí había visto “cómo estaban chocando dos culturas opuestas” y cómo la “mujer maya indignada comentaba con sus amigas el atrevimiento del hombre que pretendía dejarla sin sentido de la vida al comprarle todo su mundo” (Kovacic 2015 177-178).⁹⁸

Por cierto, así contada, la anécdota se inserta en la más pura mitología galeánica, con su correspondiente cartografía de vicios y virtudes; no obstante, cabe suponer que esta vez el relato dice algo más: algo mucho menos (supuestamente) antropológico, catequésico o *cultural studies* y mucho más inmediato, político y peleador. Cabe conjeturar que, en esta oportunidad, Galeano se hizo rabiosamente el Galeano, evocando su mundo de mujeres mayas inocentes y turistas estadounidenses mercantilizados, para mejor advertir sobre la amenaza que entre charrúas estaba amasándose, por las políticas económicas que el Frente Amplio contaba aplicar, de ganar las elecciones. Tras de esta anécdota rutinariamente galeánica, cabe oír una advertencia: en aras de hacer caja, no se trata de vender el patrimonio, sino de postular un estilo de vida que defienda lo que no tiene precio. Una advertencia estrictamente política, en el mejor de los sentidos, arropada con *cultural studies* y “choques” de culturas.

Dos meses y medio después, el primero de noviembre de 2004, luego del éxito electoral del Frente Amplio, Galeano celebra, pero vuelve a advertir:

La noche de ayer, el día de hoy, son la primera noche y el día primero de una nueva era, de un tiempo nuevo que ha resucitado el derecho a la alegría [...] El pragmatismo no es enemigo de la esperanza. Siempre y cuando, claro, no terminemos confundiendo el realismo con la traición,

⁹⁸. La entrevista fue hecha en “Que nunca falte”, programa de TV Ciudad, citado por Kovacic.

cosa que siempre puede ocurrir. Ese peligro acecha, porque el camino no es fácil (Kovacic 2015 336).⁹⁹

Con meridiana claridad, Eduardo Galeano advierte que, de querer ir en contra de los postulados hasta entonces defendidos, no hay que llamar a eso “realismo”, sino traición. Entre los varios terrenos en que ese pseudorealismo acechaba, se encontraba, claro está, el dominio de las grandes inversiones internacionales que debían propiciar el modelo extractivo basado en los monocultivos de soja y en los bosques artificiales de eucaliptos.

Si en 1994, el presidente de Uruguay podía estar muy patéticamente orondo de vender madera a los finlandeses, en 2007, el presidente de Uruguay que persiste en las políticas económicas extractivas ya solo puede ser comprendido, por Galeano, en términos de “traición”, y este será el anatema lanzado por el viejo socialista al nuevo socialista presidenciado, y que la prensa difundirá.

En efecto, tres años más tarde, la prensa titula “Galeano calificó de traidor a Tabaré Vázquez”.¹⁰⁰ Aunque textualmente la acusación fuera menos personal –dirigida contra “el gobierno de Tabaré Vázquez”– y lo traicionado con el proyecto de pasteras frenteamplistas fuera “la voluntad popular” expresada en el plebiscito que había consagrado el agua como “bien público”, el tema de “la traición” aparece y atraviesa en varias direcciones el campo de la discusión. “Mucha gente piensa que soy un traidor a la patria por decirlo”, a su vez declara Galeano en la televisión uruguaya,¹⁰¹ exhibiendo el tajo.

Con el tema de la traición y de su imparable reversibilidad –sin inconveniente el anatema puede ser devuelto a su emisor– queda expuesta una fractura dentro del cuerpo propio –dentro de las propias entretelas–, puesto que solo el semejante –el hermano, el amigo o el amante– traiciona.

A raíz del devastador, y tal es el adjetivo que más de una vez emplea el escritor, proyecto extractivo de Botnia, Galeano suspende su mitológica cartografía americanista hecha de buenos nativos y malos extranjeros, para volver a encontrar, como en sus inicios, el real de una política hecha de escisión y de contradicción. Como si la fidelidad a su sensibilidad ecológica finalmente lo llevara, por una vez, a poner entre paréntesis a los “malos europeos” y a reconocer y a nombrar sin cortapisas a los “peores americanos”, por primera vez tanto más traidores cuanto tan cercanos.



⁹⁹. Entrevista de Emilia Rojas, portal interactivo de la Deutsche Welle, citado por Kovacic.

¹⁰⁰. Por ejemplo, *Perfil*, de Buenos Aires, el 19 de enero de 2007 y, en vena más sobria, *Página 12* del 17 de enero de ese año.

¹⁰¹. Citado, entre otros, por *Página 12* del 17 de enero de 2007.

Bibliografía

ARDAO, Arturo: *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo: Publicaciones Universidad de la República, 1967.

BAUDELAIRE, Charles: *Les fleurs du mal*.

_____ *Fusées*.

BOLÓN, Alma: “Ducasse, Cortázar, Godard: tan fortuito como su encuentro en un mundo en tormenta”, *Isidore Ducasse-Maldoror-Lautréamont, Mayo del 68, Erotismo-Sexualidad*, Montevideo: Linardi y Rissol Universidad de la República, en prensa.

GALEANO, Eduardo: *Entrevistas y artículos (1962-1987)*, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 1988.

_____ *Úselo y tírelo. El mundo del fin del milenio visto desde una ecología latinoamericana* [1994], Montevideo: Planeta, 1996.

Hugo, Victor: «Guerre aux démolisseurs», 1825, 1832, in *Notre-Dame de Paris*, Paris: Folio classique, 2009.

KOVACIC, Fabián: *Galeano. La biografía*, Buenos Aires: Vergara, 2015.

RAMA, Ángel: Contratapa de *Nosotros decimos no. Crónicas (1963-1988)*. Eduardo Galeano, Barcelona: Siglo XXI Editores, 1989.

RIMBAUD, Arthur: *Une saison en enfer*.

Alma Bolón es profesora titular de Literatura Francesa y profesora agregada de Lingüística Aplicada (Universidad de la República), integra el consejo editor de *Revista de Crítica-Prohibido Pensar*, publica regularmente en *Brecha* y es autora de numerosos artículos en revistas de su especialidad y de, entre otros, *Onetti en la calle* (Amuleto, 2009) y *Onetti francés. Estudios de lengua, literatura y civilización francesa en Onetti* (CSIC-UdelaR, 2014).





Eduardo Galeano por Marcos Manzi (Marman) (Uruguay).